Escucharé al mundo con tus ojos

Sheina Lee

Marzo 2022

*“Oír con los ojos es una de las agudezas del amor”*

William Shakespeare

Prólogo

El llanto del recién nacido parecía retumbar en la maternidad de uno de los Hospitales más exclusivos de París. El niño, de casi cuatro kilos, había causado grandes problemas a su madre durante todo el embarazo, por lo que la ansiosa mujer había pasado en cama una gran parte de este.

-Desde el principio, este chico ha dado mucho trabajo, pensar que le dije a tu madre que era mejor no tenerlo, pero ella se empeñó en llevarme la contra. Ya el médico había sido claro en que no deberíamos tener más hijos-explicaba Rigoberto Greco a su pequeño de tan solo dos años, como si este pudiera entenderlo.Contigo,querido Marco Aurelio, era más que suficiente.

El angustiado padre paseaba con el niño por la sala de espera del Sanatorio, cuando una enfermera apareció por el pasillo llevando un bulto blanco entre sus brazos.

-Tiene un niño maravilloso-sonrió mostrándole la sonrosada carita del bebé. Su esposa dijo que se llamaría Silvestre.

-Mira, Marco, tienes un hermanito-asintió Rigoberto olvidado las quejas de hacía unos minutos. Dale un beso--sonrió acercando el rostro del pequeño Silvestre hasta los labios de su primogénito, quien accedió a besarlo tras observarlo con curiosidad.

 -¿Cómo está ella?-preguntó olvidando por un minuto al recién nacido.

-El médico lo espera, necesita hablar con usted-susurró la mujer cambiando el jocoso tono. Si desea, llevo el bebé a maternidad y me quedo con este niño tan bello mientras conversan. Tengo unos coloridos caramelos en enfermería –sonrió haciéndole un guiño al pequeño Marco.

-Le agradecería, no tengo a nadie que me acompañe*. “En realidad, vine con dos de mis hombres, pero no tienen demasiada paciencia con Marco*”-asintió el presunto empresario mirando de reojo a los aludidos.

Rigoberto llegó al despacho del médico y golpeó la puerta con firmeza anunciando su presencia. Inmediatamente, una mujer tan amable como la anterior salió de la habitación y saludó con simpatía.

-Buenos días. ¿Con quién tengo el gusto?-preguntó observando la preocupación en los ojos del elegante hombre.

-Me llamo Rigoberto Greco.

-Pase, el médico lo espera-asintió.

-Gracias. Con permiso, entiendo que deseaba hablarme-comentó Rigoberto rápidamente.

-Así es .En primer lugar quisiera felicitarlo por su maravilloso y saludable hijo.

-Es muy amable-titubeó este. Pero imagino que ese no es el motivo por el cual me llamó.

-Lamentablemente necesito conversar acerca de su esposa. Ella presentó ciertos problemas físicos no previstos y...

-¿Ha fallecido?-susurró Rigoberto con un hilo de voz.

-No, pero está grave. Sería mejor que vaya hacerle compañía, en estos momentos, precisa como nunca de su compañía.

- Debe salvarla, tengo el dinero suficiente para el mejor de los tratamientos -agregó el hombre haciendo alusión a sus importantes actividades en el rubro que él llamaba turístico, pero que enmarcaba también ciertas actividades “fuera de la legalidad”

-No se trata de dinero-afirmó el doctor. La situación de su esposa es delicada, sabe que se lo advertí desde el comienzo del embarazo...

-Un embarazo que nunca vi con agrado. En fin, fue la voluntad de mie esposa y ella conocía los riesgos. Quisiera saber qué tan grave está-insistió Rigoberto con una frialdad que hizo enmudecer al facultativo.

-Demasiado como para salvarse-afirmó este reponiéndose.

Esther Pierini de Greco falleció el veinte de diciembre de mil novecientos cuarenta y siete dejando sin madre a dos pequeños niños.

-Nunca debí hacerte caso-se lamentaba el hombre luego del entierro. ¿Cómo criaré a estos niños sin ti?

Había pasado una semana desde que Rigoberto llegó a casa, cuando uno de sus hombres de más antigüedad entró a su despacho.

-Marcelo, ¿qué sucede?

 - Estuve de visita en casa de mi hermana, y justamente se acaba de recibir de niñera. Si quisiera, podría decirle que venga a conversar con usted para cuidar a sus hijos. Es de suma confianza.

 -De acuerdo. Envíala lo antes posible así la conozco, sin duda, necesito alguien que se dedique con exclusividad a los chicos -aceptó Rigoberto.

Esa fue la primera de una larga lista de cuidadoras que desfilaron por la casa de la familia, hasta que los hermanos comenzaron el internado donde permanecerían durante casi doce años de su vida.

Apenas Marco llegó a la mayoría de edad, se instalaron en la mansión familiar, y mientras este se iba convirtiendo en mano derecha de Rigoberto, Silvestre hizo carrera en el teatro transformándose en un excelente actor.

Meses después de que su hijo mayor cumpliera veinticinco años, Rigoberto fue herido de gravedad en una lucha entre grupos rivales.

-Ahora tú dirigirás todos nuestros negocios, te he preparado para este momento desde que eras casi un adolescente-comentó el hombre en su lecho de muerte.

-Pero soy muy joven –sollozó Marco.

-Yo comencé casi a tu edad, y mira todo lo que logré. Tienes carácter, y personalidad, todo lo contrario de tu infeliz hermano.

-No hables así-rezongó este que había cuidado al chico cómo si fuera su propio hijo.

-En fin, mis hombres te obedecerán como si yo continuara entre ustedes-suspiró sin contradecir a su hijo mayor.

-Lo estarás, no puedes irte tan joven-sollozó Marco.

 -Déjame terminar, tengo algo más que decirte -imploró el hombre levantando una mano para indicar silencio.

-Está bien-suspiró este.

-No confíes ni en tu sombra. El enemigo puede estar en cualquier lado.

 -Lo tendré en cuenta, padre-asintió Marco bajando la mirada al suelo.

-Ahora puedo irme tranquilo Misión cumplida -suspiró cerrando los ojos definitivamente.

Un año después Marco Aurelio, contraía matrimonio con Lita, la hija de José Martinoti, uno de los más renombrados jefes del ambiente, convirtiéndose al poco tiempo en padre de los mellizos Carlita y Aureliano.

La inteligencia y valentía del joven lo hicieron convertirse rápidamente en hombre de confianza de su suegro, quien lo nombró Jefe máximo de todos los negocios en Marsella.

Así, mientras Silvestre se dedicaba exclusivamente al arte escénico, Marco se convertía en plena juventud, en una de las figuras fundamentales de los principales grupos de venta de armas y tráfico de drogas de Francia.

“Tengo una larga carrera por delante. Y una maravillosa familia, ¿qué más puedo pedir?- -sonreía una lluviosa tarde mirando dormir a los recién nacidos.